

EGĀN



3

1950

SUMARIO

José Miguel de Azaola. - Nueve poemas.

Ormaetxea'tar Nikola. - Angelus.

Mujica'tar Emiliano. - Laguntzale.

Pagadizabal'tar Prantzisko. - Ene basetxe. Elurte.

Federico de Zavala. - Paisajes de lluvia.

Barandiaran'dar Salvador. - Ilias'ena.
XXIV-garren kanta.

Bibliografia.

JOSE MIGUEL DE AZAOLA

NUEVE POEMAS

El romance del Tilo del Arsenal

(Escrito cuando aún estaba en pie,
y dedicado a Pedro Mourlane Michelena).

Arbol con nombre de plata
y alma de templado acero:
urbano bosque individuo:
recio, viejo, sabio y serio:
tu presencia nos repite
con gracejo y són de cuento
el mensaje que, en tus hojas,
dejó escrito el ochocientos.
Guardas chistera y levita
en gigantesco ropero;
chapurreas el inglés
y el francés; eres soltero,
comilón, liberalote,
católico y financiero;
fletaste para La Habana

gallardo vapor-velero
con calderas de ambiciones
y arboladura de sueños;
bajo tus ramas, la Bolsa
vivió sus años primeros
estableciendo, a tu sombra,
cambios y tantoporcientos;
embajador de los campos,
tu verdura y tus jilgueros
poetizaron el urbano
amor de nuestros abuelos.
Eres casto, y mucho aprecias
de Rioja el licor bermejo,
las angulas de la Isla
y el bonito de Bermeo.
Oyes todos los domingos
misa mayor y concierto:
tilo espiritual, plantado
frente a un quiosco, junto a un templo.
Diputado a la ciudad,
buen ciudadano te has vuelto:
tilo burgués y educado:
venerable árbol señero
de vieja savia infanzona
y civilizado gesto.

A las iglesias del país vasco

Dedicado a mi llorado y buen amigo don Toribio Noáin
que gustaba de rezar en la parroquia de Oyarzun.

Madres fecundas de mi raza: graves,
góticas iglesias de mi Pirineo;
dulces en el seno de los tiernos valles;
gallardas en las cimas, desafiando al viento;
atalayeras del mar subidas a las rocas,
llamando con voz de bronce al marinero;
señeras sobre las villas apretadas
como nidada en torno vuestro.

Negras ojivas de mis altas naves
siempre rumbo al cielo;
grises, redondos campanarios barrocos,
dueños del silencio.
Piedras hechas plegaria de los siglos,
cimiento del alma de mi pueblo;
tendidas hacia Dios con sed de altura
y tenazmente hincadas en el suelo.

Broncas iglesias de desnudos muros
cerrados al cierzo,
abriendo solamente al mediodía
dos o tres ventanales austeros:
no violan la noche de vuestras capillas,
con risas policromas,
los rayos de luz disparados del cielo.
Adustras, macizas, sufridas columnas,
recias como el ánimo de mis bisabuelos.
Asperos, escuetos, grávidos sillares,
toscos como el habla de nuestros labriegos.

Sólidos portales: foro, teatro y cátedra
de la vida civil de los siglos que fueron.
¡Nobles construcciones, alma, sangre y médula
de mi viejo pueblo!

Bajo vuestras bóvedas ¡cuántas confesiones,
cuánto desengaño, cuánto triste ruego
tuvo su sepulcro!

Bajo vuestras losas ¡cuánta carne y hueso
yace para siempre!

Así, un año, y otro, fueron sepultándose
en vuestra penumbra,
las almas primero, tras ellas los cuerpos;
para, allí encerrados, viajar hasta Dios
surcando el océano del tiempo.

.....

Grisáceas iglesias de mi tierra vasca;
a la madrugada, bebiendo el silencio,
subiré a la sierra
trepando por blancos senderos;
y desde una cumbre podré contemplaros
vestidas de niebla bajo los luceros,
en tanto las nubes se tiñen de sangre
pariendo, callades, al día de nuevo;
y allí, bendeciros en acción de gracias:
¡madres de mi raza, sostén de mi pueblo,
alma de mis valles, reinas de mis montes,
góticas iglesias de mi Pirineo!

El molino viudo

Canción

(Música de Sabino Ruiz-Jalón)

¡Qué callado está el molino,
molino sin molinera,
la rueda tiesa en el aire,
clavada en el agua quieta!
(Dentro, el molinero pardo
que no puede con su pena).

¡Qué recuerdos de otros días:
días de música y de fiesta:
cuando el molino giraba,
el que hoy duerme larga siesta
con su molinero pardo
muriéndose en él de pena!

¡Qué canciones las del agua
saltando bajo la rueda;
qué risas del molinero
todo blanco en su faena
—de ese molinero hoy pardo
que no puede con su pena—!

¡Qué densa filosofía,
la que rumiaba la piedra;
qué flor, el cuerpo garrido
de la alegre molinera;
qué feliz el molinero!
¿Quién pudo querer su pena?

Sin flor, sin cantos, sin risa,
olvidado de su acequia,
llora el molinero pardo
y es el silencio su lengua.
Y calla el molino viudo,
molino sin molinera.

Viajero por España

Sobre tu piel de toro, España mía,
peregrino devoto sin cansarme,
y te abres toda tú para entregarme
la esencia de tu entraña en rebeldía.

Pedazo tuyo soy; españolía
palpita en mí: contigo he de encumbrarme
o contigo, mi España, despeñarme
—fraternidad sangrando al mediodía—.

Tus urbes en su estruendo rumoroso,
tu mar en sus murmullos, y tu tierra,
tus catedrales y tus campesinos

en su silencio incuban un ansioso
grito audaz. ¡Y lo que ese grito encierra,
es lo que busco yo por tus caminos!

Otoño

A José María Lozano.

Bajo el dorado mar de los castaños,
el valle duerme aún; tiembla el rocío
sobre el helecho; en cúmulos extraños
se restriega la niebla contra el río.

Entre la calma espesa, los rebaños
se esparcen con pausado señorío;
el viento, dando giros como engaños,
va en hojas secas a arropar su frío.

Inmóvil cielo opaco. Muy lejana,
de vez en vez, la queja de una esquila.
Paz húmeda en la tierra soñolente.

Ni pájaro ni insecto en la mañana.
Desde el silencio, al alma que vigila,
habla la voz de Dios solemnemente.

Insonnio

A Roberto de Urquiola.

Del reló van brofando las horas una a una
(¡cómo me suena a hueco su caer compasado!
otras habrá mañana que llenar...), y me cuna
la nana cronométrica con su ritmo apurado.

Irrumpe luz (la estancia se tiñe de aceituna,
y tirita entre guiños el cristal escarchado):
bobalicona y pálida, remaneció la luna
jugando al escondite sobre el cielo nublado.

¿Qué parturientas pierden sus gritos en ti, noche;
mientras, donde eres día, con ruidos y colores
te engalanas?... Callada, devoradora tumba

de risas y de llantos: solemne, negro coche
mortuorio donde viajan placeres y dolores:
¡tú me arropas, y dentro de mí la vida zumba!

Vivo de sed

¿Cuándo tronará dentro de mí, Señor,
el estampido de tu enorme silencio;
y el día de tu oscuridad se hará en mi alma;
y abríraseme tu mano: indecible abanico
de posibilidades a cuál más portentosa?

Recíbeme en tu calma preñada de alborotos,
refugio reservado a los intrépidos:
duro lecho, en que el varón entendimiento
fertiliza bellezas sin jamás descansar:
soledad donde se siente mejor la compañía
irrenunciable de cuanto ríe y sufre
y se agita en la tierra, o se está quieto,
pues que allí se nos hace el mundo sangre y alma,
y el ser todo se vuelve a las hermanas cosas
para abrazarlas ilimitadamente
llorando por su nombre a cada una de ellas:
honda diafanidad sin ayer ni mañana,
en donde las palabras se encuentran a sí mismas
al brotar de la mente armadas, como Atena,
centelleando bajo el sol de la inteligencia,
pesando cada cual lo que su objeto, y más que él
(como si un dios viviera en tu interior, prestándote
su divina virtud, ¡oh palabra!).

Lago de redondeces infinitas,
manantial de ti propio,
en el que todo cae, y nada flota,
y nada llega al fondo, y todo es cierto,
y es debate el sosiego, y la vida
se desnuda muy despacio de misterio:
muy despacio se desnuda... muy despacio...
sin jamás terminar...: ¡qué sed te tengo!

¡Vivo, Señor, de sed de tu silencio!

De noche

Tú, noche, y yo: aquí solos. Cara a cara.
Aquí, tú y yo. Y en medio, Dios. Y nada
tras de nosotros. La verdad: yo existo
y es de noche. Tú y yo. Y Dios. Y nada.
Ensueño... Plenitud... Pálpito intenso...
¡Nada de eso! ¡Ya basta de palabras!
Tú y yo, noche. Los dos: carne y silencio,
combate y paz. Y Dios. Y luego, nada.

¿Hasta cuándo?

Cárcel de vidas es el pecho mío.
¡No miento! ¡es la verdad!
Aquí las llevo
y no puedo contarlas,
como no pueden contarse los luceros.

Quiero romperme de una vez, librarlas
con un grito, verlas ir, y morir luego.
Pero, antes de morir, ¡por Dios!, soltarlas todas:
verlas abandonarme en tropel y cantando
como en mi interior cantan: como truenos.

(¡Que hay que saber lo que es, un día, y otro, y otro,
llevarlas a cuestras,
cantándome, rugiéndome aquí dentro!)

Lo de afuera me acosa, intempestivo,
con sus urgencias de guardarropía;
pero ¡inútil! ¡estoy sordo! ¡no oigo nada!
¡nada me deja oír mi propio estruendo!

* * *

¡Qué dolor, éste de sentirse lleno
de ti, canto inmenso
que me asfixias, me agrietas, me ensordeces;
que nadie puede oír, si no soy yo;
y no saber, no acertar a librarte!

* * *

¡Rásgame de una vez, Señor: de abajo arriba!
¡rásgame entero,
y que, al besar el sol mi entraña abierta,
huya de mí la vida: pues que toda
mi vida es este mundo alborotado
—impaciente por salir de mí— aquí dentro!

Pero pronto, Señor: ¡rásgame pronto!
¡No tarde más mi hora! ¡Abreme luego!

.....

¿Hasta cuándo:
hasta cuándo, Señor, este tormento?



Paper zar artian, ona olerkiak agertu. Polli-
tak benetan. ¡Orixe renabat alajañal! ¿Er al
zaigu asarratuko bere baimenik gaba agertu
degulako? Arrixtua da, baño, poz eman daio-
gun irakurleari.

ANGELUS

1

Egun-erdian, uda beroan
zeruan urdin zabala.
An-emen, bakan odei-mordoak
orduak mintzo zirala.
Artan, egin zun, eguzkipean
sartuta, batek itzala:
nere burua gerizatzeko
Jaungoikoaren egala.

2

Mendian nintzan. Bi erritako
ezkill urbillen dandara
urrenez urren. Aiek ekarriz
lagun datorkit iparra.
Txapela erantzi, makilla tinka,
begi biotz oinetara.
Etzait aztuten barnean ordun
sumatu nun poz-ikara.

3

“Jaunaren ITZA gizon egin zan”
dio ezkillaz durundiz.
Lur zabalean barreiatzen du
berri au zelaiez, mendiz,
millaka biotz dardaturik
egunean iru aldiz.
Oartzun ori ez dut galdu nai
oroitzapenez, belarriz.

4

Ardietara noa goizean,
alai dut argi-ezkillaz;
ardietatik nator gauean,
alai dut ilun-ezkillaz.
Eguerdian ez entzunik ere
mendian ardien billa,
itzal motxena dudan orduan
egin dut otoitz umilla.

5

Etzait itzali belarritik, bi
errietako dandara;
jai-bezperako aren aldean
sakona baitu zirara.
Etzait aztu, ez, odei gaiso ark
eman zidan poz-ikara,
ipar legunak ezur-mamitan
eragin zidan dardara.

6

“Jaunaren ITZA gizon egin zan”
daukat belarri-zokoan.
Ardik ez ain ots bizi entzuten
naiz zintzarria lepoan.
Joaz, entzunez, oituz, aztuk, ark
sumatzen du... kentzekoan.
Auznar eta auznar berri nik beti
egi au nere gogoan.

LAGUNTZALE

¿Zer dezu, maite, orren negarti,
darizkitzula malko samiñak?...
¿zer izan dezu minberatzeko?...
¿zergatik zure negar zotiñak?...
Egin, bai, negar; min garratz ori
arintzen balu negar egiñak...
¡zenbat naigabe! ¡zenbat zoritxar,
zentzatu gabez ditugun grinak!

Negu ondoren ongarri datoz
udaberriko ebi lanbroak,
era berean izan litezke
goraiz ixurtzen diran malkoak.
Garai dan arte, aolku on bat
eman nai dizu nere mintzoak,
erabat utziz lengo bideak,
artu ditzazun asmo ziudoak.

Zorigaiztoan sena galduaz
ona zalakon zere naiera,
etorkizunak bildurtu gabe
goizegi asi ziñan gainbera.
Gainberakoa bukatu zaizu,
ta nekezkog dator aurrera...
¡beste askori gertatzen zaie,
zuri gertatu zazun au bera!

Gaztetazunak aize azko du,
oarpen gutxi, edo bat ere ez;
gairik zallanak errizten ditu
nai dun erara... irudimenez.
Buruzbideko erabakiak
oñarri gabe, azmoak errez,
gairik ez duten iritzi azko
gaztedi zale dira berenez.

Udaberrian ikusten dana
ez da guzia lore baratza;
inguru, bertan, egon liteke
zorrotzena dan elor arantza.
Noiz eta nundik ez dakigula
poz orde dator etsipen latza;
¿orduan nola poztu ta alaitu
min atsekabez dagon biotza?

Ezin litezke benetan artu
alde txarreko tamal guziak;
artu ezkerero, egun batonik
ez luke izango gure biziak.
Atzekabea ta alaitazuna,
askotan datoz berdin jantziak;
zarrakatzeko almenik ez du,
ez jakin eta gutxi ikusiak.

Itz arin azko errez sinistu
ta entzun nai ez ondo esanak,
berezko diran gazte-bultz-aldik
menpetu gabez ¡ara zer lanak!
Ludi txar onek, non-nai ta beti,
jarrita dauzka sare zabalak;
naiz or erari, badu onbide
garaiz damutu ta altxatzen danak.

Altxa zindezke, ta altxa zaitezen
nere, laguntza bear bazera,
nik lagunduko dizut gogo onez,
¡baña jarraitu, zuzen, aurrera!
Bide txarretik ez berriz asi;
baldin bazoaz berriz lenera,
malko geiago garratzu bear
izango dezu lenaz gañera.

Asmo gabeko damutze soillak,
utziko dizu biotza zeken,
maitazunezko pozki xamurrak
bide onetik sortu baño len.
Maitazun berak zamiña badu,
beti pozkari ezin leike emen
osatutako poz atzedenez
aundi ta txiki guziak erren.

Zergatik bada kentzen ez dezu
itxutzen zaitun eztalki ori?
zergatik orren apeta txarrez
ateak itxi ezaguerari?
Samin garratzak menpetu gabe
biur zaitezen poz abezlari,
entzun zaiozu ezaten duna
egizko zure lagun danari.

Aizeman utsak ezin du itzali
biotzeko dan maitasun garra;
ain gutxi kendu nai bezin errez,
kezka txarretik sortzen dan arra.
Oker damu ta zuzen azmoak
lagun badute naimen indarra,
aztiro, baña, poz paketsuak,
txukatu oi du samin negarra.

Azko dezu ba, ta ixildu zaite,
negar zotinka ez beti jardun;
malkok legortu, ta biotzari
bidezko dana, eman, zer naidun.
Bide txarretik jarraierazi
dizuten oiek ez dira lagun;
nere laguntza nai dizut eta
bide onetik jarrai dezagun.

ENE BASETXE

Baso bidean ba det etxea
muñoan uso zuri asean,
belatz berdin egak zabalikan
baso barrura sartu naian.

An bai bizi naizela pakean
ene aitaoen basetxean;
esne ta ezti daukat ugari,
Yaunak zaindutzen nau begiz begi.

Zelaian ez do narotasunik
zugatz ausien irringa baizik,
orain gurdi aurre itzai nijoa
kurrinkaz alaitutzen basoa,

Laztantzen nau gero maitasunak,
ene semeak zaizkit ingumak
goldetuken naizela soroan
ingurun dabiltzik yolasean.

Urrea nai ezkeroz, sagarra
kupelean daukat urre zara
ontzian ixuriz maskulloka
ase ala distira badauka

Urte giroak alaitzen naute
so-egiñik Gurutzari maite,
ez da orain alperrik saratza
baso loditik udazte otska.

Udamin nazu geroxeago
basoko itzala maite izateko;
ez iñon ere ordun usailkik
belar ondubarena alakorik.

Aurki txantxangorri alai dala
urree sortuko det beralala,
sagarra deika zait mañail gorri
ta gaztaña parrez ortz agiri.

Alai bizi naiz esnea baño
errapetikan kantxiñoraño
ilargia ortzean sorturik
zeletari dula leyar ausitik.

Betorrela nai ba du elurra
mandion ba det naiko ezkurra,
orri igarrak ardintzan txabolan
ta ganbelak alai beitegian.

Ez naiz negarrez gaitz gogor aurre
muxika zaitdalarik emazte,
ez nau bildur eriotzak ere
Goi-atari dalarik basetxe.

Ene ba atariko lau lizarrak,
maite ditzadan uztarri zarrak
ta iruten ari zeran irule
esan otska danean yuale.

Eleiz otsa zaitdanian urrun
iruditzen zait nagola zerun
itur ondoan otoitzka ordun
aingeruk dirade nere lagun.

ELURTE

Lilluraturik ume
oro nago begi
mara-mara datorren
elur matatzari,
amets zoroa zuriz
gero zait irudi
orregatik maite det
elur zuri ori.

Artzaiari badakit
zaiola mingotza.
Sorionari ere
nor kendu salantza?
Udaztez elorria
orobat da arrosa
elurra berriz zuriz
zerutar urratza.

Yainkoa dago itxason
margotutzeko zuriz
bere izar maiteen;
margolari ederrik
bai da or goi barnen
urriak erretako
ludia zuritzen.

Ba ote da zurigo
elur ori baño?
Betor aurki singeru
esaten maiteño.
¡Ederrik litzaiteket
lizar txori baño
elur gañdik eresten
biurturik laño.

Ur yaultsiaren bitza
len zitzaidan zuri
elurtez orain oro
buztina dirudi;
basetxeak ez dira
usotxoak beti
bildotxak zaizkit oriz
belatz zurin aski.

Ugatztik kantxilara
esnea bai zuri
elurrakin berdintzen
alare etzait aski;
lurtarrak utsirikan
zerura alda nadi
Gogo Deunaren egaz
sararatuz euzki.

Ene bai dala zuri
zerutar gogoa
Kisto'ren odol gorritz
zuritutakoa,
¡A elurrak baluke
ainbeste kemena
erraitik kentzen atza
ibai beltzarena!

Bańan ez do berdintze
Goi ta be artean
naiz Goi-eskerra iduri
zuriz elurtean;
ibai beltzare etzaigu
elur errayetan
obena bezin beltza
gogo barrenean.

Lurtarrik bańan etzait
elur bezain zuri;
eltxo antzo yarai ba
elur matatz ori;
lilluratu nazazu
zurizka sorginki.
Zergatikan ez biok
alkarren maitari?

Paisajes de lluvia

(FRAGMENTOS)

Antes de comenzar el relato de Pello Bote, Juanillo afirmó:

—Dos noches son propicias para el encuentro con las brujas y seres semejantes: la de San Juan y la Noche-Buena.

Miguel añadió:

—Sí, son las noches del misterio; las noches del solsticio.

Precisamente fué en una Noche-Buena cuando Pello-Bote se encontró con la bruja Muskiñ.

Pello había salido aquella tarde de su casa y se dirigía hacia Bidozar. Era una tarde blanca y con sol. Sobre una cumbre se veía la nieve del tejado de la borda de Bidozar. Caminaba por una senda. Por ella descendió hacia el río y lo atravesó cruzando un puente. A su alrededor crecían los chopos, los robles y los castaños, con sus ramas sin hojas movidas por un viento apenas perceptible. La nieve sucia del camino contrastaba con la que cubría un claro del bosque, sobre la que resbalaban los últimos rayos del sol.

Pello se detuvo en el rincón del puente, miró a la nieve que lucía en el claro del bosque, y sintió en su alma la paz del atardecer. El ruido del agua del Cordoberri era el contrapunto al silencio de la montaña.

No creo que Pello Bete meditara nunca sobre la paz inefable que sentía entonces y que había sentido otras muchas veces, pero en aquellas últimas horas de la tarde que precedía a la Noche-Buena estaba profundamente impresionado: el puente, el río, Bidozar en lo alto, los árboles, la nieve, las nubes doradas por el fuego del sol poniente, hacían arrancar hoja a hoja los sutiles filamentos que

a lo largo de los años se habían posado en su conciencia; ésta adquiría, entonces, una extraordinaria sensibilidad, y se desdoblaba contemplando aquellas horas de la tarde, en el rincón del puente, como horas plenamente vividas por ella en otro tiempo.

El frío hizo mover a Pello. Avanzó por la senda hasta llegar a un punto en el que el Cordoberri recibía el tributo de una pequeña corriente de agua. En la confluencia se paró. Sobre la nieve estaban marcadas las pisadas de un zorro, él siguió la pista del animal. Esta atravesaba un bosque de hermosos robles y, luego, volvía a encontrar al riachuelo y lo remontaba.

Se había olvidado de Bidezar. La noche había llegado. El seguía andando paralelamente a la regata. De vez en cuando, entre el murmullo de sus aguas, oía el sonido de una música extraña.

—Siempre me acordaré —solía decir Pello Bete— de aquella música. Se me metió en los huesos, pero no puedo expresarla. Se parecía al sonido de la flauta...

La música la oía cada vez más nítidamente. Caminaba hacia ella. Pronto divisó una luz. Cuando estuvo cerca de ella vió, a través de un hueco, el interior de una cueva iluminada por la rojiza luz. Dentro de la cueva se encontraban un hombre y una mujer. Delante de ellos había una mesa. El hombre tenía una cabeza muy grande, sus manos estaban sucias como las de un carbonero y fumaba una pipa. En seguida reconoció a Olentzaro.

La mujer tenía el cabello largo y rubio, en una mano sostenía un espejo roto por uno de sus extremos y, en la otra, un peine de oro. Sus ojos eran claros, parecían hechos con la espuma del mar. Era Muskiñ, la bruja de las aguas.

... ..
... ..

En la cueva las brujas cuchicheaban, por la abertura penetraba un rayo de luna y, en su camino, cogía a varias de las brujas de Zugaramurdi, las más viejas y feas; en un rincón, doblada, estaba la de Albiñtur, escupiendo y murmurando terribles juramentos.

De pronto, un silencio profundo se extendió por la cueva, que hizo creer a Pello Bete que nadie había en ella; pero miró en torno y vió a las brujas silenciosas. Luego, algunas de ellas se levantaron y comenzaron a bailar haciendo grandes contorsiones.

Toda la cueva se llenó de ruidos, de bailes y de zarandeos. El fuego temblaba en las sombras de las brujas, y el vuelo de las túnicas, giradas con violencia, eran olas de plata en el rayo de luna. Las viejas gritaban con frenesí y movían sus piernas como palos de esqueletos. Olentzaro lanzaba llamas de sus ojos sanguinolentos.

La bruja de Albistur, que había salido, entró al poco tiempo.

—Callad —dijo. Pero muchas de las brujas no le hicieron caso.

—Callad —volvió a repetir—. ¿No oís los ladridos del perro del Abad?

Al oír estas palabras, todas se callaron. Un fuerte viento silbaba entre las ramas de los árboles. A lo lejos se oían los ladridos de los perros.

—No es un perro, parecen varios —dijo una de las de Zugarramurdi.

—Sí, son los perros del Abad.

Los ladridos de los perros se acercaban y se alejaban llevados por el viento. Una rama cayó en las cercanías de la cueva. Las nubes corrían presurosas atravesando una y otra vez la luna.

—Es el "eiztari beltza" (cazador negro) —murmuraban un grupo de brujas.

—Pobre Martín Txistulari —lamentaban otras.

Las brujas se asomaban y salían fuera de la cueva, pero de nuevo entraban empujadas por la fuerza del temporal, con las caras envueltas en sus pelos.

—Debe de estar por Bidebieta —dijo Muskiñ.

La de Albistur comentaba:

—¡Oh, si viviera María Zozaya! ¡Cuánas veces se convertía en liebre y tentaba al cura de Rentería!

Hubo un momento en que dejaron de oírse los ladridos de los perros. El viento perdió fuerza y el temporal parecía aplacado.

—Se habrán ido a otra parte —lamentaban.

La de Amboto hablaba con una compañera suya de Zugarramurdi.

—¡Hace tanto tiempo que no veo a Juanito Txistularixa! ¿Habrá cambiado mucho?

—No, ese no cambia nada; el tiempo no pasa para él. Yo lo vi hace poco tiempo en Inzola.

Una ráfaga de viento tembló en los árboles, y de nuevo se oyeron los ladridos de los perros, esta vez muy cerca.

—Ahí está, ahí está —gritaron las brujas, y salieron fuera para verlo pasar.

Las brujas a coro le saludaban:

—Adiós, Martín Txistulari. Adiós, Mateo Txistu.

—Adiós, Eiztari Beltza. Adiós, Salomón Apaiza.

Las brujas le sacaban bebidas y lloraban a su paso.

—Adiós, adiós —contestaba el cazador negro, mientras caminaba sin cesar siguiendo el ladrido de sus perros.

—Adiós —gritaba—. Yo no me puedo detener, soy como el Tiempo que nunca se para.

Pasada ya la cueva, volvió su rostro hacia las brujas, agitó su mano, y les gritó por última vez:

—Adiós. Felices los que encuentran el reposo.

Sobre la nieve destacaba la sombra del cazador negro; iba por un camino llano que a sus bordes tenía algunos árboles, a su paso las ramas se inclinaban por la fuerza del viento y los terribles ladridos de los perros.

Aun las brujas le gritaban y le lanzaban conjuros, pero el cazador negro seguía, seguía sin detenerse. Antes de ocultarse, volvió su cara. Algunas brujas jóvenes que no le conocían quisieron verle y le siguieron durante un rato. Volvieron impresionadas por la terrible tristeza de su rostro.

—¡Oh, cuándo encontraré el reposo! —les había dicho, mientras caminaba, caminaba.

—Nunca, nunca he de parar —exclamaba.

Los ladridos se oyeron cada vez más lejanos, hasta que desaparecieron por completo. Las brujas ateridas se metieron en la cueva.

—Pobre Martín Txistu —murmuraban— siempre caminando tras la liebre.

Se recogieron junto al fuego y comentaron la historia del cazador negro. Era una historia que unas la contaban de una manera y otras de otra. Para unas era de un cura que estando celebrando la misa percibió por los ladridos de sus perros la presencia de una liebre, en el acto se despojó de los sagrados ornamentos y, dejando sin terminar el Santo Sacrificio, salió en persecución de la liebre; desde entonces quedó condenado a correr incesantemente en pos de sus perros. Pero para otras no se trataba de ningún cura, sino del rey Salomón que a veces se convertía en perro.

—El cazador negro —dijo la de Amboto— existía antes del cristianismo.



(Euzkaldun! Laister eukiko ete dezu eskue-
tan beste poemaren bat? Ara emen Ilias'ena
euzkeratuta. Apurka euzkeratu det. Ba'ditu
24 Kanto. Baña Kanta-mordo bat galdu ete-di-
daten, bildur naiz. Gaur azkenengo Kantaren
zati bat azaltzen dizut).

ILIAS'ena

XXIV-garren KANTA

Orrela, Akile'k, aserrebizi, Ektor urtziañekoa lotsagarri zerabi-llen. Baña urtzi zorionekoak alako ikustekoakin errukitu ziran, Argeipont begizolia, ildakoa gorde zezan, ernarazirik. Guziei atsegiñeko izan zitzayen, baña ez Ere'ri ez Poseidaon'i, ezta neskatx begiurdiñari ere. Amorru bizitan ziarduten, ba, beti Ilion-uri gurgarriaren aurka, Piriarno'ren eta bere erritarren-aurka, Alexander'ek egin zun obenagaitik. Nunbait, Alexander'ek urtziemiak iraindu zitun, ardi-txabolara etorri zitzaizkionian, eta atsegiñ zitala erakarri zionari saria eman zion. Orratio, osterantzeko amabigarren egunsentia agertu zanian, Poiba Apolon'ek urtziei esan zien:

“Urtziok!, bai'zeratela biotz-gogor eta zitalak! Ez ote zizki-
zuen kixkali Ektor'ek antxiña opamaian zekor-isterrak eta auntz
osoenen isterrak? Ta orain ere, illik izan-arren, ez dezute ontzat
artzen, jaso dezaten gorputz-illa, bere emaztiari, amari, semiei, Pi-
riarno aitari ta erriendiari erakusteko. Laister bai'zuten sutan erre,
azkeneko eginbiarrak heterik. Zuek, berriz, urtziok!, Akile zitalari
lagundu nai diozute biotzeko zuzentasunik ez barru-biguntasunik ez-
daukanari. Leoia bai'litz, basakeritan bikaña da, indar aundiz ete
biurrikeriz aren antzekoa, gizataldera oldartzen da-ta, gizonen lepo-
tik bazkaria egiteko: orrela, Akile'k galdu omen du errukia, lotsa-
rik ez-dauka, gizonen onerako edo txarrerako aii egokia dana. Gal-

du dezake norbaitek maite dunen bat-edo-bat, naiz anai sabelkidia daukanari. Leoia bai'litz, basakeritan bikaña da, indar aundiz ete aantziak. Zoriak, ba, biotz gogorra eman zien gizakumiei. Baña Akile'k, Etkor'i bizitza erauzi-ondoren, zalpurdiairi lotzen dio, tarrazian bere adizkidiaren illobirantz deroala, Benetan, orrelakorik ez-da eder, ez obe arentzako (adizkidiarentzako). Bikaña dan-arren, ez-bezagu asarrerazi, beraren sumiñbiziak ez-du axolik artzen auts utzari losagarrizkoak egitiik".

Ere besazuriak, erantzuki, esan zion:

"Urrezko uztaidun ori!, zuk desazuna egokia litzake, Akile ta Ektor aipu berdiñeko egingo ba'zenituke. Ektor, ba, eriotz-mendeko da ta emakume-sabeletik titia artu zun. Akile, ordia, urtzi-emienerikoa da, nerauk azitakoena. Nik ere erakutsi nion urtziemiari, nik Pele gizakumiari emaztat eskuratu nion, Pele urtzi illeziñen lantzan biurtu zan-eta. Zuek danok, urtziok!, ezkontzan aurki egon ziñaten. Zerori ere bazkaltide danakin izan ziñan, kitara bat eskue-tan, Zu gaiztoen lagun, betiko faltsu ori!".

Tzeu laño-multzokariak, erantzuki, yalki zion:

"Ere ori! Ez-zaitez asarretu orrela urtziekin. Egiz, ba, aipu bateko ez-dira izango biak. Alere, Ilion-errian diran gizaseme guzien artetik, Etkor ba omen da urtzien maitemiñena. Niretzako, beintzet, ala da. Egundaño ez-du utz-egin emari egokiak opaltzen, iñoiz ez-du utzi nire opamaia yanarigabe, zirriogabe ta jantzigabe. Onelakoak ba omen dira guri zor dizkigun opariak. Ez dezagun yareñ Ektor kementsuaren gorputzila lapurtzen. Ez-bai'da errexa ori egitia. Akile'ren ezyakiñez, bere ama gau ta egunez aren-zai ari da-ta. Alabañan, urtziekiko norbaitek deituko balio Tetis'i niregana etorri dedin, nik aolku zuhur bat emango nioke: Akile erakarri dezala Piriamo'ren ordañak jasotzeko ta askatu dezala aren seme Ektor".

Ala mintza zan: Iris, herriz, aizia bezain ariñ, gezna eroateko yai-kitzen da. Yauzika murgiltzen da itxaso beltzaren barrura, Samos deritzyon eta Inber izeneko aitzulo artian. Itxasoak orroa dario, Bera, herriz, barreneko zokondora murgiltzen da, beruna iduri, ta, basa-zezenaren adarrari itsatsita, ba'doa eriotza ereitera arrai goseti artera. Idorotzen du, ba, Tetis arzulo sakon batian, ezker-eskubira beste itxas-maitagarriak bildurik yezarrita zude!a. Tetis negarrez ari zan bere seme ospetsuaren zoriagaitik, Troia lurralde yorian iltzeko bearrian zegolako, aberitik urruti. Iris oiñariñak (ankariñak), aurkezturik, onela dirautso:

"Yaiki zaitez, Tetis, yakinduria darion Tzeu'k deitzen dizu-ta".

Tetis zidarrezko oiñdunzk (zidar-oiñak) darantzuyo:

"Zergaitik agintzen dit urtzi itzel orrek, joan nadiñ? Bildur naiz

urtzien erdian agertzeko, igarri ez-bezaineko atsekabia biotzian daukat-eta. Ba'noa, ba. Ez-da alperrikakoa izango aginduko lidaken edozer-eta".

Orrela mintza-etzkerero, urtziemiak zapi beltza artzen du, bere jantzi illunenetarikoa, ta joan ba'doa Iris azkarraren, aiziak baño oiñ ariñagoak daukazkinaren atzetik. Itxasoko uiñak alde batera egiten zuten ayen-aurrian. Ondartzara igo ziranian, zerurantz alegiñez jo zuten: ta Koron'en seme begizolia idoro zuten, inguruan beste urtzi zorionekoak bildurik ziralarik. Tetis'ek yarlekua Tzeu aitaren-ondoan artu zun, Atene'ren ordez. Ere'k, oñtera, urrezko edontzi eder bat esku-artian ezarri zion, itzez biotz-on biurturik. Tetis'ek, edan-ondoren, itzuli zion edontzia. Ara, berriz, nola ari zan izketan urtzien eta gizakumien aita:

"Zure biotz-atsekabearren, Tetis yainkoeme!, Olinpo-mendira eldu zera, eziñ-esaneko gogo-miña duzula: nik ba'dakit ondo. Baña ba'noa-kizu esatera zergaitik onera atotsi zaitudan. Ba'dituzu bederatzi egun urtzi ilkaitzen-artian eztabaida sortu zanetik, Ektor'en gorputzilla dala-ta, Akile erri-ondatzallia dala-ta. Ernari zebiltzen esaten, Argeipont begizoliak lapurtu zezala gorputzilla. Baña nik ospe au Akile'ri eskuratu nai diot, zure itzala ta adizkidetasuna osterantzian euki dezadan. Zoaz azkar gudariengana, ta esayozu onela zure semiari:

Aserre bizi dirala urtziak beraren-aurka, ni ere beste betiraunak baño geyago nagokiola asarreturik, ontzi makurretan biotzgabekeriz Ektor daukalako, itzuli-bearrian. Nire bildur zerbait ba'litzake, askatu beza Ektor. Ba'noa, ba, Iris Piriamo biotz bikañari bialtzera, Akile'ri sari-ordaña Akayarren ontzietara eraman dezayon, bere semia erosteko, sariakin biotza beratu al dezayon".

Ala mintza zan, Tetis zidar-oñak, berriz, ez-zion ezer ukatu. Ba'zetorren, ba, yauzika Olinpo-mendiko bizkarretik bera. Eldu zan bere semiaren estalpera. Auengarrizko aantziz idoro zun lekarioka: aitzin-gibelian, bere adizkide miñak gogoz jardun ziran afari-gertaketan. Ito-berri zeukaten estalpe-barruan larru-bigufñezko ardi eder bat. Ama gurgarria, ba, oso ondoan jesarri zayon, eskuakin laztantzen zualarik, eta onela itzaldia yalki zion:

"Ene seme ori!, noiz arte eukiko dezu biotza samiñez eta atseka-bez urratuturik, ez-zerala gogoratzen ez jateko, ez lo-egiteko? Ona da, ba, biotz-maitetz emakumiakin elkartzia. Ez-zaitut luzero bizirik izango, Balbea ta Zori aztuna zure-ondoan ba'dituzu-ta. Aditu ezadazu, ba, laister niri, Tzeu'gandiko geznaria nauzu-ta. Urtziak zurekin asarrebizi ari dirala, diño. Ber-bera beste urtzi guziak baño askoz geyago urduri dala, zuk biotz-gogorkeriz ontzi sakonen-ondoan Ektor

daukatzulako, bere aitari itzuli-gabe. Ba, ara!, yareñ ezayozu, ta gorputzillaren sariordaña jaso ezazu”.

Akile oiñazkarrak, erantzuki, dirautso:

“Ala bedi. Sari-ordaña ekarri ta gorputzilla eraman bezate, Olinpiar ugazabak orrela biotz onez agintzen ba’du”.

Orrela, ba, ama semiak ontzidi-ondoan ari ziran elkar-izketan. Itz ariñ aunitz zeritela. Artan, Koron’en semiak Iris ernari igorri zun Ilion-erri agurgarrira:

“Zoaz aguro, Iris pizkor ori! Utzi ezazu Olinpo’ko bizi-tokia, ta zoaz Ilion-errira Piriarno biotzabalari esatera, joan dedilla Akayarren ontzietara, Akile’ri biotza sariordañakin beratzen ote-dion, seme laz-tana askatzeko. Baña bera bakarrik, eta beste Troarrekiko iñor ez-bioa (ez-bedi joan) bidelagun. Aitzindari zarrago batek jarraituko dio, mando ta gurdi zirringa-ederra zuzendu ditzan. Gero, berri, gorputz-illa errira erakarriko du, Akile’k sakaildukoa. Ez eriotzak, ezta bildurrak ere ez-dezayola biotzian ardurarik erne. Guk emango diogu bidelaguntzat Argipont, onek zuzenduko du Akile’reñ estalperaño-ta. Akile’reñ estalpe-barrura sartu-ondoren, herriz, ez-bai’du ilgo ez berberak, ez beste iñork, Akile aren-aldeko jarriko da-ta. Ez-da, ba, gizon tentela, ez axolagabia, oioika datorren gizakumiari gozoz parkatuko dio-ta”.

Ala mintza zan. Gezna ba’zaramala, oldartu zan Iris aizia bezain ariñ. Eldu zan Piriarno,ren jauregira, ta negar-ulua ta aantzia berberik ez-du idorotzen. Bere semiak, ezkaratzian aitaren-ondoan jezarrita, jazkiak negar-malkoz buztitzen zituzten. Erdi-erdian ba’zegin aguria soñeko gañekoaz zearo estaldurik, buru-lepagañak zikinkeriz loiturik, zilipurdika eskuakin batu zituanakin. Berebat, alabak eta errainak jauregi-barruan negar-aantzika ziarduten, Argeyarren mendean galdu ziran ainbeste bikaiñetzaz gogoraturik, arimagabe zetatenakin. Ondoan aurkeztu zituzon Piriarno’ri Tzeu’reñ aitzindaria, eta orrela aopez zirautson: Orratio, gorputza ikeratu zituzon.

Tudela.

ALOSTORREA. Yon Echaide. Editorial Icharopena, Zarauz.

Se nos aparece un novelista fuertemente dotado. Acabamos de leer de un tirón una novelita, mejor dicho una leyenda novelada, que se parece poco a lo escrito anteriormente en el género.

El novel escritor Echaide tiene nervio y desenfado, cualidades que se suelen echar muy de menos en las escasas producciones literarias vascas.

Toma el nudo de la leyenda *Alostorrea*, conocida de antaño gracias a Araquistain, y alrededor de esa trama borda, borda decimos, una pequeña historia de cien páginas, logrando mantener el interés del lector constantemente, llegando a la emoción a ratos, por el verismo con que el autor mueve sus personajes. La fantasía del poeta se concierta felizmente, al salvar las partes de su trama con los eslabones semihistóricos del drama de Deva.

El diálogo y la postura de la pérfida *Otsanda*, de Beltrán de Alós y Usoa, del bardo de Ipiola, se mantienen siempre a su altura; lo gro difícil si se tiene en cuenta que la escena se desarrolla en el siglo XV; así están certeramente sorteados el anacronismo y la vulgaridad. Maneja Echaide el vasco magistralmente: se ve ha bebido en nuestros viejos autores; el estilo y sintaxis son clásicos y todo iniciado seguirá sin dificultades su elegante y correcta prosa.

Aunque el autor gusta demasiado echar mano de formas puristas, no abusa del neologismo; y ya que el elogio de la crítica, dicen, nada vale sin objeción, insinuaremos que la obra tendría doble difusión, reduciendo el número de notas al texto, que prodigadas fatigan la lectura. Esperemos que en la próxima edición, el artista ali-gere un tanto el purismo del léxico.

Queremos dar a conocer al lector la improvisación del bardo de *Ipiola*, pues esta poesía, bella y fuerte, pertenece a la musa del autor y no del folklore como las demás; el malvado de *Ipiola*, vendido a la pérfida *Otsanda*, vilipendia públicamente a *Beltrán de Alós* cantando en estos términos:

Gure artean bada
usotxo txuri bat,
bera ederr-estea
laket da neretzat.
Ernio-ko aldetik
iritxi zaigu bart...
Itxaso-ko txoria
nekez baita lurtar.

Ez litzake berdiñik
euskal errietan
ez ete antzekorik
munduaren jiran
mantxa bat ez paluke
eguen artean.
Mantxa orren lotsak
ezkuta-azi zuan.

Geroztik etzan Deba-n
bere arrastorik,
ustegabeen orain
degu etorririk,
debatarrak aztuta
zutela etsirik,
baiñan Deba-n eztago
ain oroimen txarrik

Gizonak oi dira maiz
itxu ta setatsu,
Alostorre-ko jauna
ontan da jakintsu.
Alabaren mantxaz du
andrea zikindu,
gizon dollorragorik
eztet ezagutu.

Seme alabak laga
emaztea utzi,
Jainkoa-ren legeak
eztu erakutsi,
uztarpea autsi ta
nun nai emazteki...
gizon onek ez luke
bizirik merezi.

El deje arcaico de estos versos de Echaide transportan al lector en el tiempo y en el espacio, con gran acierto. El autor abre el camino a los jóvenes *idazles* en la elección del tema. Pues en nuestro Folklore tienen sobrados motivos de subido interés para cortas composiciones de ese género.

Animan el texto unas bellas ilustraciones del conocido artista Santos Echeberria.

Todos los aficionados a la vieja lengua leerán con gusto esta bella narración, cumplidamente editada por la casa Icharopena.

Y. A.

PUBLICACIONES
DE LA
REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE AMIGOS DEL PAIS

MONOGRAFIA DE D. XAVIER MARIA DE
MUNIBE, CONDE DE PEÑAFLORIDA
por Gregorio de Altube.

LA EPOPEYA DEL MAR,
por M. Ciriquiain-Gaiztarro.

PASADO Y FUTURO DE LA REAL SOCIE-
DAD VASCONGADA, por José María de
Areilza.

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN TEL-
MO, por Gonzalo Manso de Zúñiga
y Churruca.

ELOGIO DE D. ALFONSO DEL VALLE DE
LERSUNDI, por Joaquín de Yrizar.

BREVES RECUERDOS HISTORICOS CON
OCASION DE UNA VISITA A MUNIBE,
por Ignacio de Urquijo.

REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCON-
GADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Ejemplar suelto: 15 Ptas.

Suscripción anual: 40 »

EGAN: Ejemplar suelto: 4 Ptas.

Suscripción anual: 14 »

Suscripción anual conjunta a BOLETIN y
EGAN: 50 Ptas.

MUNIBE.—Revista de Ciencias Naturales.
Número suelto: 7 Ptas.

Redacción, y Administración: Museo de San Telmo
SAN SEBASTIAN



ESCELICER, S. L.
SAN SEBASTIAN